



entre otras condiciones que se le entregasen sin dilacion y en una sola paga los doscientos mil escudos de oro. Así vió Felix frustradas sus esperanzas apenas habian nacido, y su pequeña obediencia mas limitada que nunca en el momento en que se li-songeaba de estenderla; pero cediendo á su competidor, le ofreció mayores dificultades que vencer y le obligó á esponder mayores sumas.

Exigió el orgulloso aragonés que el romano Pontífice le cediese el reino de Nápoles con esta cláusula humillante: *Sin embargo de que el rey Alfonso se habia hecho dueño de él á mano armada.* Quiso tambien que se le diese por solvente de todo lo que debía á la Cámara apostólica, con cualquier título que fuese; y en fin, que Fernando, su hijo bastardo, fuese legitimado por el Sumo Pontífice, y designado él y su posteridad por sucesores de su padre en el reino de Nápoles. Este último artículo pareció tan vergonzoso á Eugenio, á pesar de que le concedió del mismo modo que los otros, que se tomó el partido de que no se publicase la bula en vida de este Pontífice (1).

El rey de Aragon se obligó por su parte á reconocer á Eugenio por Papa cierto y legítimo, á rendirle homenaje con respecto al reino de Nápoles, á devolver las ciudades de que habia despojado á la Iglesia romana, á suministrar tropas para obligar al duque de Milan á hacer la misma restitucion, y además á dar seis galeras y cuatro mil hombres de á caballo contra los turcos. Pero lo mas importante para Eugenio fué que despues de la conclusion del tratado hizo publicar Alfonso en todas las provincias de sus Estados que se reconociese á este Papa por legítimo y único Pontífice, y que se tuviese por nulo todo lo que se habia hecho contra él en Basilea. Así dispó de repente el espíritu

(1) Zurita, An. de Arag. l. 13, c. 32.

de interés todas las largas incertidumbres de Alfonso, ó por mejor decir, sus dudas afectadas, cuya solucion atribuye cuidadosamente en su decreto á un exámen mas maduro (a).

(a) En esta narracion y calificaciones que de Alfonso V hace Berault, parece descubrirse aquel espíritu de nacionalidad mal entendido, que el mismo historiador reprende y condena tantas veces en otros. Estamos muy distantes de pretender justificar todas las operaciones de Alfonso V; pero nos parece debemos manifestar que este príncipe, llamado el Magnánimo, no merece en justicia todas las inculpaciones y epítetos verdaderamente injuriosos que le aplica nuestro historiador. En el libro anterior digimos ya lo ocurrido con el antipapa Felix y el conciliábulo de Basilea; añadiremos aquí que además de haber hecho Alfonso retirar de Basilea á sus embajadores, mandándoles espresamente que no se hallasen allí en la deposicion de Eugenio y en la eleccion del anti-papa, pues tenia por dudoso y escandaloso cuanto en aquel congreso se hacia, despues que Eugenio habia trasladado el concilio á Florencia, envió el rey un mandato á la reina de Aragon y á su hermano el rey de Navarra, para que no se obedeciese decreto alguno del concilio de Basilea, y se observase neutralidad como en el cisma de Clemente VII. Escribióle entretanto el antipapa Felix exhortándole á que le diese la obediencia; pero el rey, dice un historiador, se escusó políticamente con que los embajadores y prelados de sus reinos no se habian hallado en su eleccion, cuyo exámen era muy difícil y largo. No obstante, le dijo por su embajador, que si examinado todo hallaba ser buena su eleccion, trataria de darle la obediencia, con tal que en nombre de la Iglesia romana le confirmase la adopcion de la reina Juana de Nápoles, y le diese la investidura del reino. No se verificó esta condicion ni menos la prometida obediencia; pero esta conducta simulada con la cual intentaba vencer el ánimo del Papa Eugenio, siempre propenso á favorecer el partido de la casa de Anjou y sus pretensiones á la corona de Nápoles; esa conducta en que por intereses políticos ó se guardaba una injusta neutralidad ó se amezaba, siquiera fuese sin ánimo de cumplirlo, con fomentar el cisma; esa conducta, repetimos, que no puede ser aplaudida en un católico, es por lo que con razon puede acriminarse á Alfonso. Divididos los ánimos y los pareceres en cuanto á la cuestion de Nápoles, se apeló, como por desgracia sucede siempre, á las armas. Venció Alfonso y se apoderó de todo el reino, y cuando en consecuencia de sus victorias trató de ajustar las paces con el Papa y con todos los príncipes que le habian sido contrarios, á nadie dictó condiciones duras, dice un escritor, no pensó en vengar á Eugenio, ni menos en amenazarle con que daría la obediencia al antipapa; antes por el contrario, él fué el primero en solicitar la paz con el Sumo Pontífice, y dió á la Santa Sede por la investidura del reino de Nápoles ocho mil onzas napolitanas (unos cuatrocientos ochenta mil reales vellón), y se pronunció abiertamente contra el antipapa Felix y contra su conciliábulo de Basilea. Pueden verse la Historia de Bartolomé Faccio, escritor contemporáneo; el tratado de la paz y las bulas de Su Santidad; documentos en que se fundan nuestros historiadores Mariana, Ferreras, Ortiz y otros muchos, para defender los derechos de Alfonso y justificar sus operaciones. (N. del E.)

Tres cardenales vasallos suyos, y casi todos los demas beneficiados de sus dominios salieron de Basilea despues de algunas deliberaciones, y se retiraron á sus iglesias, lamentándose y protestando, mientras estuvieron distantes del terrible Alfonso, que permanecieron siempre fieles á Felix y á su conciliábulo. El panormitano, cuyo celo era el mas variable ó el mas servil, y que despues de haberse declarado á favor de Eugenio con el teson y actividad que hemos visto, supo adular á Felix en tales términos que obtuvo de él el cardenalato, renunció esta dignidad, como tambien el título pomposo de legado del conciliábulo en toda Alemania, y se retiró á su diócesis de Palermo, donde murió de peste dos años despues. No hubo en su tiempo otro sugeto mas versado que él en el derecho canónico, como lo acreditan sus varias obras; pero tampoco le hubo menos estable en sus principios, ó mas inconsecuente en su conducta; pues unas veces se mostró favorable y otras contrario á Eugenio, pero siempre de un modo estremado. Hay entre sus obras un tratado famoso, compuesto en favor del conciliábulo de Basilea, el cual comprende los tiempos mas agitados de esta asamblea; pero se ha hecho tan raro que apenas se encuentra ya, por haberse suprimido, segun dicen, como que respiraba una escandalosa animosidad.

El convenio del Papa con el rey de Aragon dió un golpe mortal al partido de Felix. Se unió Alfonso con los venecianos, con los florentinos, con los senenses, y con las demas ciudades principales de Italia; y todos de comun acuerdo se empeñaron con el emperador para que protegiese el designio que tenia el Papa de congregar en el palacio de Letran el concilio que debía dar el último golpe al cisma. Receló entonces Federico que la celebracion del otro concilio, que habia propuesto él mucho tiempo

antes, experimentaria dificultades insuperables. Se buscaron, pues, varios temperamentos; se propusieron nuevos medios, y se hicieron sobre todo los mayores esfuerzos para disponer las cosas de manera que este príncipe pudiese quedar airoso. En tal estado, la disposicion en que se mostró la Francia, invariablemente adicta á la autoridad de Eugenio, á pesar del respeto que profesaba á la disciplina de Basilea, inclinó la balanza y motivó la resolucion final, reducida á adoptar el plan propuesto al emperador por el rey Carlos VII, de celebrar una asamblea general de los príncipes de Europa ó de sus diputados, y poner en ejecucion lo que se resolviese á pluralidad de votos (1).

Pasó el Papa Eugenio desde Florencia á Sena, donde se detuvo seis meses, y le visitaron muchos príncipes y otros personajes considerables de Italia, cuyo afecto y buena voluntad procuró aumentar mas y mas, y ellos por su parte no dejaron de reanimar sus esperanzas. Sin embargo, tuvo un disgusto muy grande con motivo del fallecimiento del cardenal de Santa Cruz, el piadoso Nicolás Albergati, obispo de Boloña, insigne por su adhesion al legítimo Pontífice, no menos que por las demas virtudes de que estaba dotado. Habia abrazado el instituto de los cartujos, y siendo cardenal conservó y aun aumentó la tierna piedad, el espíritu de reconocimiento y todas las austeridades que le caracterizan. Manifestó su destreza y su rara sabiduría en las legaciones mas importantes y espinosas. Murió como habia vivido, esto es, con tal reputacion de santidad que en varios lugares se le honra con el título de Beato. Tomás de Sarzana y Eneas Silvio, que ocuparon luego la Silla apostólica, eran de su misma familia, y por honrar su memoria tomó el

(1) En. Sylv. Ep. 54 et 55.

primero el nombre de Nicolao V cuando ascendió al Pontificado. El cuerpo del beato Albergati fué trasladado, como él lo había dispuesto, á donde había estado siempre su corazón; esto es, en medio de sus hermanos, á la cartuja de Florencia, de la cual era prior á la sazón Tomás de Sarzana. El Sumo Pontífice honró con su presencia el entierro, acabó de despachar en Sena muchos negocios, y despues marchó á Roma, á donde llegó el día 28 de setiembre de este año de 1443, y recibió la acogida que debía prometerse despues de una ausencia de mas de nueve años, empleados en el triunfo de la Santa Sede. Pasados algunos dias se trasladó al palacio de Letran, anunció el concilio que debía celebrar en él, y en seguida envió las letras de convocacion á los varios Estados de la cristiandad.

Entretanto la elocuencia y actividad del cardenal Julian, á quien había enviado á Hungría en calidad de legado, volvieron á excitar la fé y el valor en este reino y en todos los países inmediatos, y se armaron por todas partes para oponerse al formidable Amurates, emperador de los turcos, que á la sombra de la division que desolaba á la Hungría, amenazaba arrebatár su trono á los dos competidores que se le disputaban. Despues de la muerte del emperador Alberto, que no había dejado para sucederle en Hungría mas que la criatura de que quedaba en cinta la emperatriz, dudando los grandes si seria varon, habían ofrecido esta corona á Uladislao, rey de Polonia, el cual la aceptó. Habiendo dado á luz en este tiempo la emperatriz un niño, á quien llamó Ladislao, hizo que le coronasen. La guerra encendida con esta ocasion en la Hungría, decidió á los musulmanes á acometer á los húngaros. Los polacos y los válaeos les enviaron las mejores tropas que tenían de infantería y caballería; y como el Papa había hecho predicar la cruzada en países remotos

contra una opresion tan odiosa, llegaron de Francia y de Alemania muchos voluntarios generosos. De este modo el ejército cristiano, que era ya bastante numeroso, se hizo infinitamente mas respetable con las tropas escogidas de que se componía.

Se atravesó el Danubio con intrepidez: cayó en poder de las tropas combinadas la ciudad de Sofia, que se cree ser la antigua Sárdica, famosa en la historia de los concilios; se tomaron de paso otras muchas plazas; y como el rey Uladislao hubiese recibido aviso de que los turcos se adelantaban hácia el rio Morava, destacó con diez mil caballos á Juan Corvino, mas conocido por el nombre de Huniades, para que los sorprendiese de noche. Este héroe era entonces vaivoda ó gobernador de Transilvania, y general de las tropas húngaras y polacas, á las cuales había acostumbrado á combatir contra todas las fuerzas musulmanas. En solo el año precedente había conseguido tres victorias famosas sobre los infieles; una delante de Belgrado, obligándolos á levantar el sitio que había durado siete meses, y las otras dos en Transilvania. Era su nombre tan temido de los turcos que los hijos de estos se estremecían cuando le oían pronunciar. Los mismos genizaros, dándole aquellos epítetos injuriosos que son tan honoríficos en boca de un enemigo armado, le llamaban comunmente Juan el perverso.

Ejecutó con tanta felicidad este rayo de la guerra la orden de Uladislao, que se precipitó sobre los turcos cuando menos lo esperaban, hizo en ellos una carnicería horrible, y los desbarató completamente, sin perder mas de quinientos hombres. Todas las inmediaciones de la cristiandad quedaron libres de infieles despues de esta victoria, y el ejército cristiano penetró sin dificultad hasta las fronteras de Tracia y Macedonia. Allí derrotó cerca del monte Hemo otro ejército que había llevado de Asia Amurates para

defender los desfiladeros de las montañas. Su general Caramber había recibido orden de estarse á la defensiva, y se le prohibió absolutamente entrar en una accion general; pero aquel asiático fogoso no consultó mas que su audacia, y viendo el corto número de cristianos, infinitamente desproporcionados á la multitud que tenía él á su mando, y agoviados por otra parte con la aspereza de los caminos, con la dificultad de la subsistencia y con la inclemencia de la estación, cayó de repente sobre ellos la vispera de Navidad. Sus mejores tropas fueron pasadas á cuchillo alrededor de él; las demás se dieron á la fuga, y quedó prisionero el mismo general. Los historiadores varían asombrosamente acerca del número de los infieles que perecieron en la refriega, asegurando unos que llegaron á treinta mil, y otros que no pasaron de seis mil; pero convienen todos en la extraordinaria impresion que hizo en los turcos esta batalla, no solo por la grande idea que formaron del valor europeo, cosa que entonces era enteramente nueva para ellos, sino tambien y con mas particularidad por haber quedado prisioneros cuatro mil de sus mas valientes soldados, entre los cuales había trece bajaes ó generales. Sin embargo, como los demás turcos estaban acantonados en las montañas, temió el rey Uladislao internarse mas; y regresó á Buda, donde para cumplir el voto que había hecho fué con los pies descalzos á la iglesia de Nuestra Señora, y en medio de las aclamaciones de toda la capital cogió en la media naranja nueve banderas que había cogido á los enemigos de la Religion.

Scanderberg, no menos digno que Huniades de ser nombrado en los fastos de la Iglesia, mandaba en la batalla del Morava una division del ejército de Amurates; pues tenía toda la confianza de este, á pesar de que era hijo de padres cristianos, y de que debía serle sospechoso por otras muchas ra-

zones (1). Era su padre Juan Castrioto, rey de Albania, que había sido obligado por Amurates á entregarle la ciudad casi inconquistable de Croya, su capital, á fin de conservar el resto de su pequeño reino, y á darle tambien sus hijos en rehenes para entera garantia de su fidelidad. Jorge, que era el mas joven de los cuatro, fué tan estimado de su tirano por su buena presencia y por sus excelentes cualidades, que le tuvo en su palacio, le trató familiarmente, y cuidó que se le instruyese con esmero en la religion mahometana, y en todo lo que podía contribuir á formar un turco distinguido. Le mudó hasta el nombre de Jorge en el de Scanderberg, que quiere decir señor Alejandro, llamándole así por su alta estatura, por su fuerza prodigiosa y por su elevacion y firmeza de ánimo que cada dia se manifestaban mas y mas. Habiendo experimentado de mil modos su intrepidez, sin omitir aquellos desafíos bárbaros en que los dos campeones medió desnudos y con el puñal en la mano median sus fuerzas en una misma cuba, le confió el mando de numerosas tropas, y recibió de él grandes servicios, así contra los cristianos de Europa, como contra los infieles de Asia. Le había prometido restablecerle en el trono de su padre; pero habiéndose apoderado de la Albania el perdido sultan despues de la muerte del rey Juan, y quitado la vida con veneno á los hermanos de Scanderberg, tomó esta alma generosa y sensible la determinacion de quitar por lo menos la herencia de sus deudos al que los había asesinado.

Habiendo concertado su plan con Huniades, segun parece muy verosímil, antes de la batalla de que acabamos de hablar, y fingiendo, durante la accion, que se replegaba con el cuerpo de tropas que estaban á sus órdenes, acometió á la parte mas

(1) Rain. ann. 1443, Chalcond.